



V

Consecuencias de una lectura en el
Colegio de Moronval

Al día siguiente, el matrimonio Moronval recibía de la señora de Baraney una invitación para el lunes próximo. Al pie de la carta había una posdatita expresando el placer que se tendría en recibir con ellos al señor D'Argenton.

—Yo no voy... dijo el poeta muy secamente, cuando Moronval le dió cuenta de la esquila coquetona y perfumada.

Entonces el mulato se enfadó. Lo que hacía Argenton no era propio de un buen compañero. ¿Qué le importaba aceptar aquella invitación?

—No cómo en casa de esas mujeres.

—En primer lugar, dijo Moronval, la señora de Barancy no es lo que tú crees. Y, además, por los amigos bien pueden sacrificarse algunos escrúpulos: sabes que tengo necesidad de la Condesa; que la idea de mi Revista colonial no le ha parecido mal, y tú haces todo lo que puedes para echar á perder el negocio. La verdad es que eso no está bien.

D'Argenton, después de hacerse de rogar mucho, acabó por aceptar.

Al lunes siguiente, los señores de Moronval dejaron el colegio al cuidado del doctor Hirsch, y se dirigieron al hotelito del boulevard Haussmann, donde el poeta debía reunirse con ellos.

La comida estaba anunciada para las siete. D'Argenton no se presentó hasta las siete y media, y ya supondréis que, durante aquella media hora, no pudo Moronval hablar de su gran proyecto.

¡Estaba Ida tan inquieta!

—¿Creen ustedes que vendrá? . . . ¡Con tal que no esté enfermo! . . . ¡Parece tan delicado!

Por fin llegó, fatal y rizado; se excusó ligeramente con sus muchas ocupaciones, siempre muy reservado, pero menos desdeñoso que de costumbre.

El hotel le había impresionado.

El barrio, entonces enteramente nuevo; aquel lujo de plantas y de flores, que comenzaba en la escalera, adornada de plantas verdes, y acababa en el gabinetito de Ida, perfumado de lilas blancas; el salón con un

techo magnífico, pintado en el centro y rodeado por un artonado dorado; los muebles negros, capitonados, y el balcón en el final; el polvo del boulevard revoloteaba mezclado al yeso de las obras vecinas, todo debía de entusiasmar á aquel habitante del Gimnasio Moronval y darle una impresión lujosa y de buena vida.

El aspecto de la mesa puesta, la facha imponente de Agustín, el adorador del sol, y todas esas menudencias del servicio, que dan bonitos reflejos á los malos vinos y gusto á los platos más ordinarios, acabaron de volverle el juicio. Sin mostrarse tan asombrado ni tan adúlador como Moronval, que lanzaba exclamaciones y alababa con imprudencia las vanidades de la Condesa, el incorruptible D'Argenton se dulcificó poco á poco y se dignó sonreír y hablar.

Era un hablador infatigable, con tal que se tratara de él y que no le interumpieran nunca una vez comenzado un período, porque su imaginación caprichosa era fácil de distraer. Usaba un tono sentencioso, autoritario para los más triviales argumentos, y cierta monotonía que dependía de aquel eterno: ¡Yo, lo mío. . . yo, lo mío! con el cual empezaba todas sus frases. Ante todo, le importaba dominar á su auditorio, comprender que lo escuchaba.

Desgraciadamente, el saber escuchar era una virtud superior á las fuerzas de la Condesa, y esto produjo durante la comida algunos incidentes desagradables. D'Argenton gustaba mucho de repetir las palabras que había pronunciado en ciertos sitios, dirigidas á personajes conocidos, redactores de periódicos, editores, directores de teatro que no habían querido nunca aceptar sus obras ni imprimir su prosa y sus versos. Eran pala-

bras terribles, emponzoñadas, que quemaban, que levantaban ampollas.

Pero con la señora de Barancy no podía llegar jamás á esas palabras famosas, precedidas generalmente de toda una explicación preliminar. Cuando llegaba el momento patético de la historia, y cuando, con voz solemne, empezaba á decir: "Entonces yo solté esta frase cruel".

Precisamente en aquel momento, la pobre Ida se lanzó en medio de su frase, siempre ocupada de él, es verdad, pero de una manera desastrosa para el discurso.

— ¡Oh, señor D'Argenton! tome un poco de este helado.

— ¡Gracias, señora!

Y el poeta, frunció el entrecejo, y repitió, redoblando su tono de autoridad:

— Entonces le dije.

— ¡No le ha gustado á usted? preguntaba la otra con candidez.

— Excelente, señora. . . . "esta frase cruel".

Pero la frase cruel tan retrasada no producía efecto; más, cuanto que ordinariamente eran cosas como esta: "A buen entendedor" ó "Caballero, ya nos veremos." Después de lo cual, D'Argenton no dejaba nunca de añadir: "Y se enfadaba."

Ante la mirada severa que le lanzaba el poeta interrumpido, Ida se desesperaba: "¿Qué tiene? ¿Lo he vuelto á disgustar?"

Dos ó tres veces durante la comida, tuvo muchas ganas de llorar, lo cual, disimulaba como Dios le daba á entender, diciendo á la señora de Moronval con amabilidad: "Coma usted. . . . ¿Pero no come usted?" y al

señor Moronval: "¡No bebe usted nada!" Lo cual era un gran embuste, porque la inventora del método De-costere ha⁹ la funcionar sus mandíbulas más activamente todavía que las noches de lectura expresiva, y su apetito no tenía más rival que la sed infatigable del tal Moronval.

Cuando acabó la comida y pasaron al salón, muy caldeado, muy alumbrado, y al cual el café daba cierto perfume de intimidad, el mulato, que atisbaba su presa hacía dos horas, juzgó favorable el momento, y dijo de pronto con aire negligente á la Condesa:

— He pensado mucho en nuestro negocio. . . . Habrá que gastar menos de lo que yo había pensado.

— ¡Ah! dijo ella, con aire distraído.

— Sí, por cierto. . . . Y si nuestra bella directora quisiera concederme algunos minutos de conversación sería.

"Directora" era un golpe de audacia, una salida de ingenio, pero enteramente perdida, porque la "directora" no lo escuchaba. Seguía con la vista á su poeta, que se paseaba por el salón silencioso, preocupado.

"¿En qué pensará?" se decía ella.

Estaba digiriendo.

Ligeramente atacado de gastralgia, y siempre muy cuidadoso de su salud, jamás dejaba, al levantarse de la mesa, de pasear durante un cuarto de hora á grandes pasos, donquiera que estuviese. En cualquier otro, aquello podía ser ridículo, en él era una sublimidad más; y en lugar de escuchar á Moronval, Ida contemplaba, al hundirse en las sombras del rincón de la sala y volver luego á la luz de las lámparas, aquella frente encorvada, cruzada por una arruga austera.

Por la primera vez en su vida amaba en realidad, apasionadamente, y sentía latir su corazón con esos latidos que á ningunos se parecen. Hasta entonces, se había entregado siempre al azar de su vida, al capricho de su vanidad, y las relaciones más ó menos largas que había tenido, se ataron y desataron sin que su voluntad interviniese en ello.

Bastante tonta é ignorante, de un espíritu crédulo y romántico, muy próxima ya á los funestos treinta años que son siempre en la mujer principio de una transformación cualquiera, recurría ahora á todas las novelas que había leído, para crearse un ideal que se pareciera á D'Argenton. Su fisonomía se metamorfoseaba tan bien al mirarlo, sus ojos alegres se volvían tan tiernos y su sonrisa tan lánguida, que su pasión no podía ya ser un misterio para nadie.

Moronval, al verla así absorta y temerosa, dirigió á su mujer un ligero movimiento de hombros, que significaba:

“Está loca.”

Y lo estaba, en efecto; y después de comer, atormentaba su espíritu buscando un medio de volver á entrar en su gracia. Al fin lo encontró; y cuando el poeta llegaba cerca de ella, en uno de esos paseos de pantera enjaulada:

—Si el señor D'Argenton fuese tan amable que nos recitara aquel poema delicioso que obtuvo tan gran éxito la otra noche en el colegio... He pensado en él toda la semana... Un verso, sobre todo, me persigue... “Yo, yo creo”... ¿Cómo es?... ¡Ah!...

Yo creo en el amor, como creo en el buen Dios,

—¡En Dios! dijo el poeta haciendo un gesto horrible, como si se hubiera cogido los dedos con una puerta.

La condesa, que no era muy fuerte en prosodia, no comprendió más que una cosa, y fué que lo había vuelto á disgustar. El hecho es que empezaba á cansarle esa impresión asustadiza, de la cual no pudo jamás defenderse, y que hacía parecerse su amor por él á ese culto de miedo que los japoneses rinden á sus feroces ídolos. Delante de él parecía más tonta de lo que realmente era, y hasta perdía el atractivo de pajarillo, aquella movilidad de pensamiento y de expresión, con la cual su limitado talento podía agrandar por su constante variedad.

Sin embargo, el ídolo se humanizó; y para demostrar á la señora de Barancy que no le guardaba rencor por haber destrozado su verso, D'Argenton suspendió por un momento su ejercicio higiénico:

—Tengo mucho gusto en recitar algo... Pero, ¿qué? Verdaderamente no me acuerdo de nada.

Se volvió hacia Moronval con ese movimiento tan querido de todos los poetas, que en general no piden un consejo más que con la firme resolución de no seguirlo:

—¿Qué recito?

—Puesto—respondió el otro con tono enfurruñado,—puesto que te piden “credo,” recita el “credo”.

—¿De veras? ¿Quiere usted?

—¡Oh! Sí, señor; me hará usted muy feliz, contestó la Condesa.

—¡Bah!... dijo D'Argenton muy naturalmente y muy apuesto, con la mirada alta, y se quedó un momento pensativo y empezó de este modo:

A una que me ha hecho mucho daño....

Al ver el asombro de Ida, que esperaba otra cosa, continuó con voz más solemne todavía:

A una que me ha hecho mucho daño....

La Condesa y Moronval cruzaron una mirada significativa. Sin duda, se trataba de la elevada dama de quien le había hablado.

El fragmento comenzaba dulcemente:

¡Señora, vais prendida con un gusto!...

Luego, el pensamiento empezaba á ponerse sombrío, pasaba de la ironía á la amargura, de la amargura al furor, y terminaba con estos versos terribles:

Señor, libradme de esta dama horrible,
Que se bebe la sangre de mis venas.

Como si aquella poesía singular hubiese traído á su memoria recuerdos penosos, D'Argenton no volvió á hablar una palabra en toda la noche. La pobre Ida también estaba pensativa. Pensaba en aquellas aristocráticas damas que tanto daño habían hecho á su poeta; y parecía estar viendo allá, en algún salón aristocrático del barrio de San Germán, en la cual damas-vampiros se habían bebido toda su sangre sin dejar ni una sola gota para ella....

—Sabes, chico, decía Moronval al pasar cogido del brazo de Argenton por los desiertos boulevares, mien-

tras la señora de Moronval los seguía trabajosamente. Sabes, que si al fin hago la Revista, te tomo de redactor-jefe.

Así tiraba al mar la mitad del cargamento para tratar de salvar el buque, porque veía perfectamente que si D'Argenton no andaba en el asunto, no se podrían conseguir de la Condesa más que palabras vagas y promesas, pero nada serio.

El poeta no contestaba. ¡Para ocuparse en la Revista estaba él!

Aquella mujer lo turbaba. No se ejerce la profesión de poeta lírico, mártir del amor, sin que lo conmuevan esas adoraciones madas que halagan al mismo tiempo dos amores propios: el del literato y el del hombre afortunado con las mujeres. Desde que había visto á Ida rodeada de galante lujo, un poco vulgar como ella, pero impregnado de un gran bienestar, sentíase invadido por yo no sé qué languidez amorosa, que derretía la rigidez de sus principios.

Amaury D'Argenton pertenecía á una de esas antiguas familias provincianas, cuyas moradas parecen grandes granjas, menos en el aspecto de riqueza. Arruinados desde hacía tres generaciones, los D'Argenton, después de haber pasado entre aquellas viejas paredes toda especie de privaciones, una vida campesina de aristócratas cazadores y labradores, habían tenido que vender aquella única propiedad, abandonar el país y venirse á París á buscar fortuna.

Luego, había caído tan bajo en la miseria y en las desgracias comerciales, que hacía más de treinta años que no usaba ya el "de" delante de su apellido. Al lanzarse á la literatura, Amaury recobró el "de" y el tí-

tulo de vizconde, al cual tenía derecho. Esperaba poderlo ilustrar, y en el fervor de ambición de los comerciantes, pronunció esta frase imprudente: "Quiero que algún día se diga el vizconde de Arganton, como se dice el vizconde de Chateaubriand.

—Y el vizconde D'Arlincourt. . . contestó Labassinore que, en su calidad de antiguo obrero convertido en cantante, detestaba cordialmente á la Condesa.

El poeta tuvo una infancia desgraciada y pobre, sin alegría y sin luz. Rodeado de cuidados y de lágrimas, de preocupaciones de dinero que tanto echa á perder á los niños, no había jugado ni sonreído nunca. Una plaza en el colegio de Luis el Grande, facilitó sus estudios, que tuvo el valor de seguir hasta el final; continuó aquella posición precaria convertida en dependiente. Por toda distracción tenía el pasar las vacaciones y los días de salida en casa de una hermana de su madre, excelente mujer, que tenía una casa de huéspedes en el barrio del Marais, y que le producía para comprarle guantes de cuando en cuando, porque el traje fué siempre una de sus mayores preocupaciones.

Esas infancias tan tristes, hacen los caracteres amargos. Se necesita mucha felicidad en la vida, muchas prosperidades para borrar la impresión de esos primeros años; y se ven hombres ricos, felices y poderosos, en elevada posición, que parece no disfrutan nunca de la fortuna; de tal modo, conservan sus labios las huellas de las antiguas decepciones, y su aspecto, la timidez que dan á los cuerpos jóvenes y nuevos las leyitas viejas y raídas, achicadas de las de los padres.

La sonrisa amarga de D'Argenton tenía su razón de ser.

A los veintisiete años aún no había conseguido más que publicar por su cuenta un tomo de poesías humanitarias, que lo había tenido á pan y agua durante seis meses, y del cual nadie habló una palabra. Sin embargo, trabajaba mucho; tenía fe y voluntad, cosas perdidas para la poesía, á la cual sólo se le piden alas. Y D'Argenton no las tenía. Sentía, tal vez, en el sitio que debían ocupar, esa inquietud que produce la ausencia de un miembro, pero nada más; y perdía el tiempo y el trabajo en esfuerzos inútiles é infructuosos.

Las lecciones que daba para vivir, le permitían esperar, á fuerza de privaciones, el último día de cada mes, fecha en la cual, su tía, retirada en un pueblo, le mandaba una pensión. Todo esto se parecía muy poco al ideal que se formaba Ida, de esa vida disipada de poeta á la moda, llena de éxitos y de intrigas en todos los salones aristocráticos.

De un carácter orgulloso y frío, el poeta había huído hasta entonces toda clase de relaciones serias. Y las ocasiones de tenerlas, sin embargo, no le faltaban.

Sabido es que siempre hay mujeres para amar á esos seres y para morder en su "Creo en Dios," como el pez muerde el anzuelo. Pero para D'Argenton, las mujeres no habían sido nunca más que un obstáculo, una pérdida de tiempo. Su admiración le bastaba; se colocaba á propósito más alto, en las esferas donde uno se cierne, rodeado de adulaciones, á las cuales no se dignaba contestar.

Ida de Barancy era la primera que verdaderamente le había causado impresión. Ella no lo sospechaba; y cada vez que atraída hacia el colegio, más á menudo de lo que era necesario para ver á su hijo Jack, se encon-

traba con D'Argenton, pedía gracia con la misma humilde actitud, con la misma voz tímida.

El poeta, por su parte, aun después de su visita al boulevard Haussmann, continuó representando su comedia de indiferencia; pero esto no le impedía mimar al niño en secreto, atraérselo, hacerle hablar de su madre, de aquella casa cuya elegancia lo había seducido, indignándolo, por una mezcla de vanidad y de celos.

¡Cuántas veces en clase de literatura—qué literatura les interesaría á aquellos chiquillos de “países cálidos;”—cuántas veces llamaba á Jack cerca de su mesa para preguntarle... cómo estaba su madre, qué hacía, qué había dicho!

Jack, muy halagado, daba todas las noticias que le pedían, y hasta las que no le pedían. Así fué que introducía siempre el pensamiento del “Buen Amigo” en sus conversaciones íntimas; pensamientos que perseguían á D'Argenton, el cual procuraba rechazarlos, y que aquel angelito, con su vocecilla cariñosa, le recordaba sin cesar, implacablemente: “El Buen Amigo” era tan bueno, tan complaciente... Iba á menudo á verlos ¡oh! pero muy á menudo; y cuando no iba, enviaba cestos llenos de fruta, de peras magníficas y de juguetes para Jack.... Así es que Jack le quería con toda su alma.

—¡Y sin duda, tu mamá también lo querrá mucho! decía D'Argenton, escribiendo ó haciendo como que escribía.

—¡Oh, sí señor! contestaba Jack con candidez.

¿Era bien seguro que hablaba con candidez? El alma de los niños es un abismo, y nunca se sabe hasta qué punto tienen noción de lo que nos dicen. En esa germinación misteriosa que se verifica continuamente en

ellos, de sentimientos y de ideas, hay nacimientos súbitos, los cuales no podemos conocer por ninguna señal exterior; fragmentos de comprensión que llegan á formar un conjunto, unidos entre sí por hilos de los cuales el niño se apodera repentinamente.

¡Eran fragmentos de ese género los que habían hecho comprender á Jack la rabia y la decepción de su profesor, cada vez que le hablaba del “Buen Amigo?” El caso es que insistía mucho. Ni le gustaba D'Argenton. A la repulsión de los primeros días uníase ahora cierto sentimiento de envidia. Su madre se ocupaba demasiado de aquel hombre. Durante los días de vacaciones ó de visita, le hacía toda clase de preguntas acerca de su profesor, si era bueno con él, si le había dicho algo de ella.

—Nada, contestaba Jack.

Y, sin embargo, el poeta no dejaba nunca de encargarle que saludase á la Condesa. Una vez hasta le dió una copia del “Credo del amor;” pero Jack la olvidó primero, luego la perdió, medio por aturdimiento, medio por malicia.

Así es que, mientras aquellas dos naturalezas desemejantes se atraían mutuamente por todos los polos imitados y contrarios, el niño se sostenía entre ellas, desconfiado, alerta, como si sospechara ya que iba á ser cogido, estrujado, ahogado en el choque violento y previsto de su primer encuentro.

Cada quince días, los jueves, Jack salía y se quedaba á comer en casa de su madre, á veces solo con ella, á veces con su “Buen Amigo.” Esos días lo llevaban al concierto, al teatro. Repicaban gordo para él y para todos

los alumnos, porque volvía siempre de esas excursiones á casa de su madre, con los bolsillos llenos.

Un jueves, al llegar á su casa á la hora de costumbre, Jack vió en el comedor tres cubiertos puestas en la mesa, que se hallaba muy adornada con cristal y con flores. "¡Oh, qué alegría!... se dijo al entrar..... "Buen Amigo" está aquí."

Su madre salió á recibirlo, hermosísima, muy engalanada, con el pelo adornado con lilas blancas, parecidas á las que adornaban la mesa. Un fuego magnífico y confortable ardía en la chimenea del salón, adonde se lo llevó riendo.

—Adivina quién está aquí.

¡Oh! me lo figuro, dijo Jack muy contento.... ¡Está mi "Buen Amigo!"

Porque tenían costumbre de hacer esas cosas cuando él llegaba los jueves.

Era D'Argenton.

Más pálido, más grave aún que de ordinario, se hallaba en el sofá, de frac y corbata blanca, con una pechera muy almidonada, que le daba un aire imponente.

El enemigo estaba en su sitio. La decepción del niño fué tan grande, que le costó Dios y ayuda el contener sus lágrimas.

Hubo un momento de embarazo y de silencio.

Por fortuna, la puerta se abrió ruidosamente, violentamente, como si una horda de salvajes se hubiese abalanzado á ella, y Agustín anunció con voz de trueno: "La señora está servida."

La comida pareció triste y larga al pequeñuelo. Estorbaba y le estorbaban. ¡No habéis sentido nunca ese aislamiento que le da á uno ganas de desaparecer, de

irse, á fuerza de sentirse inútil é importuno? Cuando Jack hablaba, no le hacían caso. Y en cuanto á comprender lo que decían los otros, era inútil que lo pretendiera.

Todo eran esas medias palabras, esos giros de frases enigmáticos que se emplean para hablar de modo que los niños no se enteren de lo que se dice. A veces veía que su madre se echaba á reír, y luego que se ponía colorada, y bebía para que no lo notaran.

"¡Oh, no, no!" decía ella. Y luego, esos "Quién sabe.... Tal vez.... ¿De veras?" y otra porción de frasecillas que parecían no ser nada, y que, sin embargo, la hacían reír mucho. ¿Qué se habían hecho aquellas agradables comidas, en las cuales Jack, sentado entre su madre y su "Buen Amigo" era el verdadero rey de la mesa, y manejaba á su antojo la risa y las preocupaciones de los comensales? Repentinamente se le vino á la memoria ese recuerdo con una frase desdichada. La señora D'Argenton acababa de ofrecer una pera á D'Argenton, que se extrañaba ante la buena cara de aquella fruta.

—Las mandan de Tours.... dijo Jack, con malicia ó sin ella.... Nos las envía "Buen Amigo."

D'Argenton, que estaba mondando la pera, la dejó en el plato con un movimiento en el cual se traslucía, á un tiempo mismo, el despecho de no tomarse una cosa que le gustaba, y el profundo desprecio que le inspiraba su rival.

¡Oh! ¡Qué mirada tan terrible de la madre al niño! ¡Jamás lo había mirado de aquel modo!

Jack no se atrevió ni á moverse ni á hablar más; y